

PASCUAL. Huéronseme dambos pies:

¡válgasme Santa Casilda!

CARRASC. ¡San Vicente sea contigo!

TODOS. ¡Jesús!

PASCUAL. Todo me bazuco; tomillo, á ser vos sahuco sino es que hué cabrahigo la remembranza de Judas representa Juan Pascual, Mari Pabros, sin dogal me ahorcan, las tocas viudas vos poned.

MARI. ¡Triste soceso!

CARRASC. Hombre, encomiéndate á Dios.

PASCUAL. Encomendaos por mi vos que yo no estó para eso. El mi tomillo salsero, vuéveteme mechinal, que de tu tomillo y sal componer mi nombre chero. Tomé de la Sal seré; mi mujer será Tomasa, Tomillos los de mi casa mi apóstol Santo Tomé. Santa mora ya cristiana, Casilda la ermitañesa, la amorosa, la infantesa la virgen, la toledana, doleos la santa de mí pues vine con vos del Tajo... Parece que va ancia bajo, dando el tomillo de sí. Descuélgome poco á poco. *(Vase alargando el tomillo y él bajando.)*

MARI. ¡Milagro!

TODOS. ¡Milagro extrañol! *(Llega abajo.)*

PASCUAL. Del mi suelo, año buen año; con los hocicos vos toco. *(Besa el suelo.)*

MARI. ¡El mi dueño, el mi carillo! llega y embracijame.

PASCUAL. Cuido que no os oleré Mari Pabros á tomillo.

MARI. Bien haya quien en vos creye, Santa.

PASCUAL. ¡Hao! ¿qué gente es ésta?

CARRASC. El Rey que viene á la fiesta

PASCUAL. No es mi algalia para el Rey.

#### ESCENA XI

Salen REY FERNANDO y DOÑA BLANCA. —DICHOS.

FERNAN. Celos, doña Blanca hermosa, tienen impetus franceses, rígueros al principio, después ni activos ni fuertes. Nieblas enlutan al sol, mas en humo las resuelve la eficacia de sus rayos que, aunque acometidos, vencen. Sol es la verdad, en fin, puesto que eclipsarla inte en nieblas del amor celosas, que cuando amenazan mueren. Vos habéis cuerda elegido

prenda en don Tello á quien debe vuestro amor perseverancias dignas que con vos se premien. Don Diego ya no compite con él, antes interceden en su favor amistades que indignaron accidentes; daréisle en Burgos la mano.

BLANCA. Sois vos, Fernando el clemente, el iris de nuestras paces, el espejo de los Reyes.

#### ESCENA XII

Sale DON TELLO. —DICHOS.

TELLO. Nuestra Infanta, gran señor, tanto con los cielos puede que eslabonando milagros admiraciones suspende. A costa de sus tesoros templo fabrica solemne al César aragonés, al siempre invicto Vicente. Mas el común enemigo, envidioso de que herede Casilda á Dios los milagros con que esta tierra ennoblece, lo que labrara de día, de noche, torpe y aleve, por el suelo derribaba, porque el edificio cese. Pidió favor á su esposo, Casilda, y entre la ardiente suspensión de sus discursos, éxtasis toda celeste, inmóvil el cuerpo virgen, oye que Dios la promete su fábrica restaurarle sobre ese risco eminente. Juntáronse las ruinas y por sí solas se mueven (los ángeles de este alcázar artífices solamente). Toda la fábrica vuela por las nubes, de la suerte que de Palestina á Italia lo que en el Oreto tiene asiento felices siglos. Tanto Casilda merece que ya las piedras son plumas, por ella lo grave es leve.

*(Música: sube una ermita toda y en ella, abiertas las puertas, de rodillas la Santa elevada, y asiéntase el edificio sobre lo más enriscado de las peñas.)*

FERNAN. ¡Oh asombro de los milagros! ¡Oh virgen!, que porque vuela águila, al trono del sol, hasta su esfera te atreves: patrón seré de tu casa.

TELLO. Toledo envidie y celebre si venturoso el criarte, lloroso y triste el perderte la Patrona de Castilla. *Los Lagos de San Vicente* son éstos; en la segunda, TIRSO, su fin os promete.

## ESCARMIENTOS PARA EL CUERDO

### PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

GARCÍA DE SÁ, *viejo*.  
DON JUAN DE MASCAREÑAS.  
MANUEL DE SOSA.  
DOÑA MARÍA DE SILVA.  
SAFIDÍN, *Rey indio*.  
BUNGA, *negra*.  
DIAGUITO, *niño*.  
CARBAYO, *lacayo*.  
BARBOSA.

DOÑA LEONOR DE SÁ.  
DOÑA ISABEL.  
ROSAMBUCA, *Reina*.  
CURGURU, *negro*.  
QUINGO, *negro*.  
MARINEROS.  
DOS CRIADOS.  
NEGROS.  
SOLDADOS.

### ACTO PRIMERO

#### ESCENA PRIMERA

*Música de todos géneros y entran por un palenque con los instrumentos de un bautismo en fuentes de plata, GENTILES HOMBRES bizarros en cuerpo; detrás de todos DON JUAN, que lleva sobre una fuente un turbante y en él una corona, y en el remate una cruz. Luego vestido á lo turquesco, de blanco, el REY SAFIDÍN, descubierta la cabeza; á su lado GARCÍA DE SÁ, viejo, gobernador, bizarro, en cuerpo á lo antiguo. Por otro palenque SOLDADOS bizarros, uno de ellos con la banda de las Quinas de Portugal; y arcabuces, trompetas y cajas. Detrás, arrastrando una pica, MANUEL DE SOSA, muy bizarro, y delante del DIAGUITO con arcabuz pequeño, espada y daga. Arriba, en un balcón despejado y grande, la REINA ROSAMBUCA á lo indio, coronada, y á su lado DOÑA LEONOR, muy bizarra, y DOÑA MARÍA, de hombre, muy galán. Va á besar la mano MANUEL á GARCÍA y tiénele.*

MANUEL. A los triunfos portugueses, cuyas belicosas quinas, armas ya, primero estrellas, tiembla el Asia, Europa envidia, después que logró la Iglesia las católicas vigalias

de Enrique, glorioso infante, que ocasiona las primicias deste dilatado imperio y en diez lustros vió su silla, Portugal, triunfante en Goa, freno absoluto de la India; á sus triunfos, pues, eternos, añade Vueseñoría, Gobernador generoso de tanto emporio y provincias, el que la fama le ofrece con la victoria más digna de perpetuarse en bronce que conservó el tiempo escritas. Quiso el gran Nuño de Acuña dar fin dichoso á sus días y gobierno, que en diez años honraron tantas conquistas, con la inexpugnable fuerza de Dio, que vió cumplida, á pesar de resistencias, ya idólatras, ya moriscas. Dióla cuatrocientas brazas de ruedo, con perspectiva y figura triangular, y en sus ángulos fabrica tres célebres baluartes, sin otro, que predomina en medio la fuerza de armas; y al cabo la tífica



de fosos, muros, torreones,  
portas, puentes, levadizas,  
armas, bastimento y cuanto  
mostró el arte á la milicia.  
Llamóla Santo Tomé,  
Apóstol que santifica  
con su sangre á Meliapor  
y á Oriente con sus reliquias.  
Presidióla con mil hombres;  
y dándome su alcaidía  
premió en mí, cuando no hazañas,  
lealtad que la califica.  
El Soldán de Cambayá,  
que á la libertad antigua  
de su imperio vió poner  
tal yugo en su tierra misma,  
é impaciente de que extraños  
le registren las salidas  
y entradas que al Indo mar  
nuestro fuerte le limitan,  
por tres años de gobierno  
que estuve en aquella isla  
procuró mi destrucción,  
ya en fe de paces fingidas,  
disimulando asechanzas,  
ya en peligrosas caricias,  
convidándome á sus fiestas  
y frecuentando visitas,  
ya, en fin, viendo mi cuidado  
con descubierta malicia,  
asaltándome de noche  
varias veces; mas perdida  
la esperanza de vencerme,  
habiendo llegado un día  
á Dío el Gobernador  
don Nuño con dos cuadrillas  
de naves de guerra, apresta  
el bárbaro la infinita  
multitud de sus vasallos  
(en secreto apercebida).  
De paz al puerto se acerca  
y con él concierta vistas  
que don Nuño rehusó  
diciéndole que venia  
indispuesto; dióle fe  
el Soldán, y con festivas  
demostraciones, creyendo  
hacer en él presa rica  
y enviarle en una jaula  
de hierro al Gran Turco, avisa  
al capitán general  
que sus gentes aperciba.  
Despachó luego un presente  
de diversas salvajinas,  
como corzos y venados  
al enfermo, y se convida  
á entrar á verle á su nave;  
mas antes de darle, quitan  
á la caza pies y manos,  
señal ordinaria en la India,  
cuando tal regalo se hace,  
de que ya es gente cautiva  
sin pies ni manos aquella  
á quien tal presente envían.  
Disimuló su soberbia,  
y admitiendo su visita  
le hicieron bélica salva

bombardas y chirimías,  
Llegó en seis fustas el moro;  
pero apenas subió arriba  
por la escala al galeón  
cuando manda que le embistan  
trescientos juncos y paraos  
(naves son de la milicia  
indiana), con que en un punto  
el mar, que de tanta quilla  
se vió oprimido, espumando  
cólera, montes entisca  
tan altos, que pudo en ellos  
volverse la luna niña.  
Seis mil flecheros disparan  
á un tiempo jaras y grita  
tanta, que sordos y ciegos  
temió el oído y la vista;  
pero haciéndose á la mar  
los nuestros, las naves viran,  
y, parteando preñeces  
de bronce, las olas limpian  
con las esconas de fuego,  
cuyas pelotas derriban  
mil cabezas para chazas  
de la fama que eternizan.  
Tembló la armada blasfema,  
huyendo las que fulminan  
nubes de metales roncós  
los Falaris de sus vidas,  
y el bárbaro que intentaba,  
mientras sus flechas granizan,  
prender al Gobernador,  
viendo la mortal ruina  
de sus indios, temeroso  
se arroja al agua, y encima  
de sus olas con los brazos  
lisonjas al mar dedica.  
Blanco de nuestros mosquetes,  
llegó con tantas heridas,  
que para escribir victorias  
su sangre al mar prestó tinta.  
Tomó puerto ya sin alma  
el cuerpo infiel, y á la orilla,  
en mausoleos de arena,  
no echó menos los de Libia.  
Saltamos en tierra todos,  
y barriendo la marina  
de la infinidad cobarde,  
la venganza hizo tal riza  
que, temerosas las almas  
de la estrecha compañía  
de sus cuerpos, diez mil moros  
á la muerte hicieron: rica.  
Asaltamos la ciudad,  
que de nuestro fuerte dista  
dos leguas, y entrando en ella,  
ni la inocente puericia,  
ni la decrepita plata,  
ni el sexo hermoso que priva  
de las armas el furor  
y vence á la cortesía,  
admitió sus privilegios;  
porque igualmente la ira  
portuguesa añadió á Troya,  
si no lástimas, cenizas.  
Satisfizo su hambre el fuego,  
como su sed la codicia,

con los robados despojos,  
y después que por tres días  
unos lloran y otros cantan,  
el gran Nuño fortifica  
la plaza; añade soldados  
á la fortaleza é isla;  
encarga á Antonio Silveira,  
persona tan noble y digna,  
de su gobierno, que puede  
serlo desta monarquía.  
Cumplidos ya mis tres años,  
llevarme en su compañía  
quisiera el Gobernador;  
pero la amistad antigua  
del nuevo alcaide Silveira  
pudo tanto, que me obliga  
á militar á su sombra,  
y la inclinación y estima  
que á Dío y su fortaleza  
tengo, pues fué hechura mía,  
y yo su primer caudillo,  
me compele á que le asista.  
Murió el gran Nuño, si muere  
quien, á pesar de la envidia,  
en archivos de la fama  
al tiempo se inmortaliza,  
y entró el gran don Juan de Castro,  
tercer Virrey de la India,  
que cargado de victorias  
en flor la muerte marchita.  
Muerto, pues, el Soldán viejo,  
Baduz de la fuerte dicha,  
y siendo su sucesor  
un sobrino (que no estiman  
los hijos para herederos  
en estas anchas provincias,  
sino á los hijos de hermanas,  
pues de este modo averiguan  
ser su sangre y aborrecen  
sospechosas bastardías  
por las dudas de los padres,  
que en la mujer no peligran);  
deseando la venganza  
del tío, en secreto envía  
embajadores á Grecia  
que al Turco favor le pidan  
con que destierren del Asia  
las portuguesas reliquias,  
y sujetando el Oriente  
usurpe su monarquía.  
Es el bravo Solimán  
el que ahora tiraniza  
el otomano gobierno;  
aquel que tembló en Hungría  
de la fortuna de Carlos,  
y afrentoso se retira  
de las águilas del César,  
luz de Austria y sol de Castilla.  
Este, pues, considerando  
que si codicioso esquilma  
las orientales riquezas,  
sus drogas y especierías,  
señor del globo terrestre  
será fácil su conquista  
y del un trópico al otro  
no habrá nación que no oprima,  
arroja al Bermejo mar

por las riberas egipcias  
sesenta y cuatro galeras  
y en ellas turcos alista.  
Trece mil rumes (así  
á los turcos apellidan  
en estas partes, creyendo  
que de Roma se originan);  
genizaros los seis mil  
y esotra gente escogida,  
ejercitada en Europa,  
los más de su guardia misma;  
Nómbrales por General  
el Bajá de Egipto, digna  
persona para tal cargo  
por la experiencia y noticia  
en las cosas militares;  
pero de tan peregrina  
crasitud y corpulencia,  
que dicen que le caía  
sobre los pechos la carne  
de la barba, y que las tripas  
con una faja al pescuezo  
atadas, le daba grita  
nuestra gente, y le llamaba  
ganapán de su barriga.  
Este, pues, aunque tan grueso,  
inmóvil en una silla,  
lo que en las fuerzas le falta  
equivale en lo que arbitra;  
desembarcó en Cambayá  
y recibióle en su orilla,  
con aplausos y lisonjas,  
el Soldán y su familia;  
y deseosos los dos  
de dejar la tierra limpia  
de lusitanos estorbos,  
marcharon al otro día,  
llevando en entrambos campos,  
sin chusma y gente baldía,  
cuarenta y siete mil hombres,  
los treinta de flechería,  
los demás ejercitados  
en el mosquete, la pica,  
y los demás que en Europa  
honra nuestra disciplina.  
Llegados por tierra y mar  
tercios y naves nos sitian,  
y luego al asalto tocan,  
porque no nos aperciban  
la prevención y el sosiego;  
pero al instante que arriman  
escalas á la muralla,  
las coronan por encima  
portugueses que, animosos,  
trescientos turcos derriban  
á la ruciada primera  
de nuestra mosquetería.  
Eramos sólo quinientos,  
cincuenta mil la enemiga  
multitud; contad ahora  
á qué tantos nos cabría.  
Matáronnos seis no más,  
y cobardes se retiran  
á las tiendas de Cogá,  
General de la provincia.  
Hubo entonces portugueses  
á quien el valor anima



de suerte, que abren las puertas y la retaguardia pican hasta coger treinta de ellos, que con música festiva colgaron de las almenas, para mayor ignominia, con sus arcos á los cuellos, cimitarras en las cintas, turbantes en las cabezas, vestidos de telas ricas. Blasfemaba el Bajá grueso, que nuestro valor admira; pero lo que sintió más es ver que el mar solemniza nuestra victoria de modo que, aplaudiendo nuestra dicha, montes de vidrio levanta por que en los cascos embistan. Chocaron unos con otros de suerte que, sumergidas seis galeras, las demás, destrozadas, se retiran al puerto de Madrefaba, cinco leguas más arriba de Dio, donde ancorando, cansancio y temor alivian. Atrincheróse en el cerco el campo; y la artillería, á caballero plantada, comenzó la batería; y porque nuestros reparos menos al esfuerzo sirvan, una máquina echó al agua, que puso al principio grima. Era un galeón cargado de pez, pólvora y resina, de salitre y alquitrán, que al fuerte del mar arriman, para que, dándole fuego, mientras le vuelven ceniza las llamas, les den entrada, y el humo que desatina estorbe nuestra defensa. La traza era peregrina, á no ser tan grande el peso, que aguardaron aguas vivas para poderle arrimar; pero osó la valentía de Francisco de Gobeá, capitán de infantería, hacer una hazaña hasta hoy sin ejemplar é inaudita, española, temeraria, portuguesa, ejecutiva. Aguardó á la media noche, y arrojándose en camisa al agua con una mecha dentro un cañón encendida, y una bomba de alquitrán, al galeón se avecina, y en un instante le pega la contagiosa malicia, con que los tres elementos, aire, tierra y fuego, lidian sobre el cuarto de tal forma, que reventando en astillas, luminarias de esta hazaña

fué que al turco atemoriza. Quedó el bárbaro asombrado; y ciego, al cuarto de prima, el castillo de Rumeo asalta, y á escala vista le entró, perdiendo los nuestros en su defensa las vidas, sin quererse dar jamás, y entre ellos la valentía de su capitán Pacheco, cuya muerte en bronce escrita, siendo herencia de la fama, á un tiempo alegre y lastima. Diez asaltos generales nos dieron en veinte días, sin dejarnos sosegar uno solo; pero diga si ardidés y estratagemas, tiros, flechas, fosos, minas, hallaron la vigilancia de nuevo valor vestida. Treinta hombres quedamos solos de quinientos, mas suplía el ánimo cantidades, hasta que al fin nos animan veinte fustas de socorro que don Juan de Castro envía con armas y bastimentos, y de noche dieron vista á nuestro fuerte, trayendo con presencia ostentativa cada uno cuatro faroles. Oyeron sus culebrinas los turcos, y sospechando tener á toda la India sobre sí, pegando fuego á su alojamiento, guían á embarcar, tan temerosos, que el bagaje, artillería y cuatrocientos heridos dejó, por que no le sigan. Veinte mil le degollamos en dos meses, cuyas vidas nos costaron cuatrocientas, á cincuenta bien vendidas. Recogimos los despojos; y con fiestas y alegrías en procesión venerable dimos las gracias debidas á Dios y á su Madre intacta. No cuento, por infinitas, hazañas particulares: los extraños las escriban. Sólo digo que hubo esfuerzo (el ánimo desatina) de portugués que, faltando la munición, se derriba los dientes con el cañón (es loca la valentía), matando á turco por diente. Estime Vuesñoría esta célebre victoria, y valerosa prosiga las hazañas portuguesas porque el Asia se nos rinda. Estando vuestro valor en Dio, Manuel de Sossa,

GARCÍA.

la victoria era forzosa, por más difícil mejor. Safidín, Rey de Tanor, (provincia es de Malabar), se ha venido á bautizar; que mientras reino conquisto en paz, también sabe Cristo coronas á su ley dar. El y la Reina han honrado nuestra corte, y yo, padrino de Safidín, determino festejar tan gran soldado. A buen tiempo habéis llegado; ponga luminarias Goa, y de la mejor canoa hasta el mayor galeón, con festiva ostentación adornen de popa á proa.

MANUEL. Deme á besar Vuestra Alteza la mano.

SAFIDÍN. Las vuestras dan asombros á Solimán y á Cambayá fortaleza. Cristiano soy, la llaneza de Portugal es la mía; alistad desde este día, sin reverenciarme mi estado, Manuel de Sossa, un soldado, hermano de don García. El nombre deo primero con la ley: ya soy nuevo hombre; en las obras y en el nombre imitar vuestro Rey quiero. Deme don Juan el Tercero con el suyo su valor; don Juan soy, Gobernador; que este blasón inmortal como ilustra á Portugal ha de ilustrar á Tanor. Cuando en el agua divina mi esposa vuelva á nacer, el nombre le ha de poner vuestra Reina Catalina. A Dios la cerviz inclina, y á pesar del Alcorán, pues ley y nombre nos dan vuestros Reyes, ¿qué más fama, si Catalina se llama y el Rey Safidín don Juan?

GARCÍA. Gracia, señor, significa; gracias al cielo se den, pues en vos los nuestros ven la gracia que os vivifica; en cuerpo real alma rica de virtudes; envidiar os pueden á un tiempo y dar parabienes mi contento: reinar sin Dios es tormento, servir á Dios es reinar.

JUAN. Dadnos, capitán de Dio, los brazos, si merecemos los que vuestros triunfos vemos gozarlos.

MANUEL. ¡Oh don Juan mío! El alma que alegre os ffo con ellos es bien que os dé.

JUAN. ¡Grande valor!

MANUEL. Corto fué, y mis hazañas pequeñas sin don Juan de Mascareñas, columna de nuestra fe. Mucho traigo que contaros.

DIAGUIT. Si mi pequeñez merece esa mano que ennoblece á cuantos llegan á hablaros, haga mis principios claros y honre vuestra señoría con ella la boca mía.

GARCÍA. ¿Quién sois vos, rapaz hermoso, tan portugués en lo airoso, tan hombre en la bizzaría?

DIAGUIT. Poca cosa en lo chiquito, si grande en lo portugués; hidalgo me dicen que es mi padre, y yo soy Diaguito.

GARCÍA. Manuel: ¿es vuestro?

MANUEL. Un delito amoroso en Portugal me le dejó por señal y pena de mi ignorancia.

GARCÍA. Qué, ¿hijo es vuestro?

MANUEL. Es de ganancia.

GARCÍA. Ganancia fué de caudal.

DIAGUIT. Nadie diga que es mi padre; que á mi nadie me engendró en el mundo mientras yo no sepa quién es mi madre. Esa ganancia le cuadre al que es torpe mercader, y ninguno ose poner en mí, con viles empleos, que por o corpo de Deos que os bofes lle he de comer.

CARBALL. Tomaos con el rapacito.

SAFIDÍN. ¿Vióse donaire más bello?

GARCÍA. Es portugués, basta sello; no haya más, señor Diaguito.

LEONOR. Gusto me ha dado infinito.

MARÍA. Subid al balcón, amores.

GARCÍA. Las damas arrojan flores, hagámoslas cortesía.

MANUEL. Plegue al cielo, Leonor mía, que no paren en rigores. (Entranse con música, como vinieron, y quedan CARBALLO y BARBOSA.)

## ESCENA II

CARBALLO y BARBOSA.

BARBOSA. Pues, Carballo, ¿cómo ha ido allá con tanto rebato?

CARBALL. Como tres con un zapato: poetas habemos sido.

BARBOSA. ¿Cómo?

CARBALL. Hicimos maravillas. Entre los tiros diversos hay unos llamados versos que arrojaban redondillas. Otros de mayor estima que, porque si disparaban, á ocho los arrimaban, se llaman octava rima. Poetizaba un culebrón



al turco de un parapeto  
que se llamaba soneto,  
mas dad al diablo su son;  
porque derribaba á bulto,  
echando su consonante,  
cuanto topaba delante.

BARBOSA. Ese tal debe ser culto.

CARBALL. Otro de una cota armado  
con dos quintales de bola  
de catorce pies.

BARBOSA. ¿Y cola?

Soneto fué estrambotado.

CARBALL. Pues ¿qué ciertos falconcillos  
que enramados escupían  
balas y piedras?

BARBOSA. Serían  
romances con estribillos.

CARBALL. Desto hubo abundantemente,  
y más que si disparaban  
todos ellos se preciaban  
de poetas de repente,  
asombrándose de vellos  
en llegándose á entender.

BARBOSA. Sátiras debían de ser  
pues que todos huyen de ellos.  
Ahora bien, señor Carballo:  
si no tiene alojamiento,  
el mío estará contento  
de serville y de hospedallo.

CARBALL. *Beixo o as maos.*

BARBOSA. La amistad premia  
con lo que tiene, y acá,  
si en versos de bronce da  
toda Goa es Academia. (Vase.)

## ESCENA III

*Sale Doña María en hábito de hombre.—CARBALLO.*

MARÍA. ¡Ah fidalgo!

CARBALL. Ese es mi nombre.

MARÍA. Una palabra entretanto  
que entran.

CARBALL. *¡Jesu, corpo santol!*  
¿qué he visto? ¿quién eres hombre?

MARÍA. ¡Ah, Carballo! ¿quien podía  
ser, sino una desdichada  
sin honor y ya olvidada?

CARBALL. Señora doña María,  
¿en la India vos? ¿Vos en Goa,  
y en traje tan indecente?

MARÍA. Mujer amante, y ausente  
aborreciendo á Lisboa,  
donde promesas y engaños  
acaudalaron enojos,  
pagando en llanto los ojos  
olvido de tantos años;  
cuando llegué á aventurar  
lo menos, si ya perdí  
lo más, ¿qué mucho que aquí  
me halléis?

CARBALL. ¿Que el inmenso mar  
y sus peligros se atreva  
á pasar una mujer?

MARÍA. ¿Qué mar como el bien querer?  
¿qué golfos como hacer prueba  
en un hombre que olvidado

de obligaciones de amor,  
cuando profesa valor,  
su valor ha amancillado?  
Salí por ver si hallaría  
el que llama la confianza  
cabo de Buena Esperanza,  
mas no le tiene la mía.  
Y no me anegó la suma  
de tanto golfo y rigor;  
que no anega el mar á amor  
porque es nieto de su espuma.  
Hombre con obligaciones  
tan precisas de remedio,  
con un hijo de por medio,  
que suelen ser eslabones  
que encadena voluntades,  
y en él, el que trujo ha sido  
Leteo para su olvido,  
no para mis soledades.  
Sin escribirme en tres años  
siquiera una letra sola,  
registrando yo cada ola  
y engañando desengaños  
que apaciguaban deseos;  
y por la ribera abajo  
pidiendo cartas al Tajo,  
creyendo que eran correos  
las crecientes que á mis puertas  
or:das daban sucesivas,  
para todos aguas vivas  
y para mi sola muertas.  
Cansóse ya la paciencia;  
nombre me dió de su esposa  
mil veces Manuel de Sosa;  
tomó como tal licencia  
que aposeñaron ruegos.  
Partióse y llevó consigo  
de un año un solo testigo  
de mis disparates ciegos.  
Debiéronse de anegar  
entre inmensidad de espumas,  
palabras; que éstas y plumas  
lleva el viento; ¿qué hará el mar?

CARBALL. La guerra y tiempo divierte  
el ocio de esos cuidados;  
no es amor para soldados  
y la ausencia es otra muerte.  
Mucho os quiso mi señor,  
y viendo vuestra belleza  
realzada con la fineza  
de tanta lealtad y amor  
le obligará, cosa es clara,  
y si olvidarse es delito,  
hará las paces Diaguito,  
que es los ojos de su cara.

MARÍA. ¡Hijo de mi corazón!  
Sus deseos solamente  
causa ha sido suficiente  
á mi peregrinación.  
¿Quién duda que de su madre  
olvidado, el Capitán,  
aquí sus gustos tendrán  
empleo que más les cuadre?

CARBALL. No sé, aunque tiantan á pares  
las indianas hermosuras,  
que pruebe sus aventuras  
con las damas malabares;

que en la India, porque se note,  
las caras que soplan brasas,  
unas son ciruelas pasas  
y otras son de chamelote.  
Las daifas más estimadas,  
y que aquí se solemnizan,  
si no negras, mulatizan  
y son ninfas nogueradas.  
Ninguna el rostro se adoba,  
no se perfuma ninguna,  
las más huelen á grajuna  
y todas son de caoba.  
¿Qué voluntad amarilla  
las ha de amar, si es discreta,  
habiendo dama con teta  
que la llega á la rodilla?  
El gusto de mi señor  
es de noble portugués;  
llegad á hablarle después  
que deje al Gobernador;  
que puesto que en su palacio  
se aposenta, tiempo habrá  
que amante os satisfará.  
Ellos vienen; más despacio  
podréis estimar, señora,  
finezas de vuestra fe;  
que si de repente os ve  
le alborotaréis ahora. (Vanse.)

## ESCENA IV

*Salen el GOBERNADOR y MANUEL DE SOSA.*

GARCÍA. Cuando pasé ahora un año  
por Cambayá, y la aseguré del daño  
que Dio recelaba  
con el bárbaro cerco que esperaba,  
mi gobierno acabado  
en Caúl, fui de vos tan regalado,  
que mi Leonor no sabe  
sufrir conversación que no os alabe.  
Dice que lo que estubo  
con vos en Dio, á nuestra patria tuvo  
de tal suerte olvidada,  
que, en vuestra compañía agasajada,  
ni echó menos á Goa  
ni supo si en el mundo había Lisboa.  
Ahora, pues, quisiera,  
Capitán, hospedaros de manera,  
ya que os tiene en palacio,  
que descansando en él por largo es-  
saliera de este empeño, [pacio  
que según le encarece no es pequeño.  
Su fiador he salido,  
y así, mientras gobierno la India, os  
que en nuestra compañía [pido  
cumpláis con mi deseo y su porfía.

MANUEL. Términos portugueses  
son pródigos en ella; por dos meses  
que merecí hospedaros  
en Dio y con deseos regalaros,  
que con obras ya vía  
que era imposible á vuesa señoría  
en una fortaleza  
tan pobre agasajar tanta nobleza,  
por término tan breve  
no es bien con fiese deudas que no debe.

GARCÍA. Es muy agradecida,  
Leonor, y estáos, Manuel, reconocida;  
mas no tratandó de esto,  
sabed, Manuel de Sosa, que he dis-  
darla seguro estado; [puesto  
yo estoy de canas y de vejez cargado;  
Leonor es mi heredera  
y única sucesora; en fin, quisiera  
que la honrara un esposo  
fidalgo en sangre, en obras generoso.  
Para esto había elegido  
á don Juan Mascareñas, conocido  
por su valor y hazañas,  
no sólo en su nación, en las extrañas;  
mas repúgnalo tanto  
que ofende su obediencia con su llanto.  
Dice que mientras vivo  
culpará mi crueldad si la cautivo,  
pues en mí la dió el cielo  
amparo, esposo y padre. Este desvelo  
me causa pesadumbre,  
y el dársela también, porque es la lum-  
y objeto de mis ojos [bre  
y llegárame á ellos darla enojos;  
vos podéis persuadirla,  
pues os tiene respeto, y reducirla  
á lo que yo no puedo.

MANUEL. ¡Ay cielos rigurosos!

GARCÍA. Ved que quedo  
en vos, Manuel, confiado.  
Don Juan es vuestro amigo, gran sol-  
su edad en primavera, [dado;  
su sangre ilustre y que heredar espera  
un mayorazgo rico;  
galán, y en condición os certifico  
que un ángel me parece;  
decid que goce el bien que Dios la

MANUEL. Si en mis ruegos estriba [ofrece.  
el daros gusto á vos, mi persuasiva,  
señor, puesto que tosca,  
procurará que humilde reconozca  
lo mucho que en serviros  
interesa.

GARCÍA. Venid á divertirios  
á la marina un rato  
conmigo, si gustáis, que ya su ornato  
la noche mercadera,  
ausente el sol su opuesto, saca afuera  
y apercibid mañana  
razones concluyentes, que si allana  
Leonor su resistencia  
y por vos califica su obediencia,  
deberáos don García,  
una alegre vejez.

MANUEL. ¡Ay Leonor mía;  
siendo ya vos mi esposa  
igualmente constante como hermo-  
qué desacierto ha sido [sa,  
hacer casamentero al que es marido!  
(Vanse.)

## ESCENA V

*Salen Doña LEONOR dando un popel á Doña MARÍA.*

LEONOR. Mira que de ti me fio,  
Acuña.



MARÍA. Daré el papel puntual, secreto y fiel; pues siendo vos dueño mío y debiéndoos lo que os debo desde que os entré á servir, mi contento es asistir á vuestro gusto.

LEONOR. Me atrevo en fe de esa confianza á extrañas cosas por ti.

MARÍA. No fuera no hacerlo así tanta con vos mi privanza.

LEONOR. Mi padre no hay que avisar, si eres discreto.

MARÍA. Ni es justo; ¿llévoles cosas de gusto?

LEONOR. No son sino de pesar. Encárgole cierta cosa difícil y de importancia.

MARÍA. Perdónese mi ignorancia; creí que Manuel de Sosa era vuestro pretendiente dichoso y correspondido con asomos de marido.

LEONOR. ¡Jesús! Es tan diferente de esto lo que le encomiendo, que antes ha de disuadir á mi padre é impedir pretensiones.

MARÍA. Ya lo entiendo; no hay que declararos más; cumpliré mi comisión como tengo obligación.

LEONOR. En el jardín me hallarás. (Vase.)

## ESCENA VI

Doña MARÍA.

Billete doña Leonor para mi Manuel de Sosa, de su padre recelosa con tal secreto y temor: sospechas, sino es amor, ¿qué puede ser? ¡Qué presto empiezo á temer! mas es del amor efeto, ¿papel secreto sin verle yo y soy mujer? Celos míos, eso no; que para desestimaros con indicios menos claros sospecho mis males yo; amor por oficio os dió andar inquietos y acechar siempre indiscretos lo que no alcanzáis á ver; donde hay mujer y celos nunca hay secretos. Yo, amante menospreciada; doña Leonor cuidadosa; papel á Manuel de Sosa; mi amor y fama olvidada, y qué no ha de saber nada don García? No, celosa pena mía, más mal hay del que parece;

esto merece mujer que en mujer se fia. (Rómpele.)

Lee: «Permisiones de mi amor han dado causa á un delito que, por no ser para escrito, la pluma enfrena el temor. Vuestra vida con mi honor corren riesgo don Manuel; la honra es siempre cruel que sus agravios conoce, diréos viéndome á las doce lo que no osó este papel.»

¡Ay, ofendida esperanza!, ya de vos no hay que hacer cuenta; ¿en tierra, celos, tormenta?, ¿en el mar, amor, bonanza? Peligros de esta mudanza ya los temieron mis daños: ¿al cabo de tantos años me anegan agravios, celos? Sí, que no son donde hay celos, Santelmo los desengaños. ¿Qué dudo, si por escrito confiesa doña Leonor permisiones de su amor que condena por delito? Remedios que solicito mis desengaños los borren, riesgo le escribe que corren su honor y vida, ¡ay de mí! mi amor los corre, eso sí, pues dichas no le socorren. ¿Qué riesgos pueden correr sin terceros sus amores? Mas amor que esconde flores mal puede el fruto esconder. Deben de echarse de ver hurtos de su amor liviano; y de su padre, no en vano temerá la justa pena; mas pues sembró en tierra ajena que lo pague el hortelano. Palabra me dió de esposo y un hijo que en su resguardo no le ha de afrentar bastardo; don García es generoso; ya, secretos, es forzoso que os saque el peligro afuera; á hablarle voy aunque muera; que si se han dado los dos las manos, para con Dios, de palabras la primera. (Vase.)

## ESCENA VII

Salen DON GARCÍA y DON JUAN.

DON GARCÍA.

Iréis, don Juan, con una escuadra mía de galeras, armadas para guarda del Rey recién cristiano, cuando el día salude el alba con su luz gallarda; labraréis en Tanor la factoría que Safidín ofrece, y si se tarda, y su gente en negarla está resuelta, cargaréis la pimienta y daréis vuelta.

DON JUAN.

Si promete preñiar, Leonor hermosa, por ti, ¡oh, señor!, la fe con que es querida, corto trabajo á largo premio mides: los doce añade con que se honra Alcides. Iré á Tanor, y como se me encarga, persuadiré á su Rey cuando le lleve, al tributo, al presidio y á la carga de especia y drogas que cumplirnos debe la dilación que amor juzgará larga; ya portugués Jacob, tendrá por breve mi esperanza, aumentando en sufrimientos, á mis servicios más merecimientos.

DON GARCÍA.

Id, pues, don Juan amigo, á apercibiros, que quiere Safidín salir mañana antes que el sol.

DON JUAN.

¡Oh golfo de zafiros!, dad prisa al alba de jazmín y grana; no hay vientos que esperar donde hay suspiros; no hay mares que temer cuando se allana á quererme Leonor; de Alción los días serán al mar las esperanzas mías. (Vase.)

## ESCENA VIII

Sale Doña ISABEL á una puerta con un niño en los brazos. — GARCÍA.

ISABEL. Si está avisado, él será.

GARCÍA. ¿Qué es esto, á tal hora abierta, cielos, del jardín la puerta?

ISABEL. Fidalgo, llegaos aca.

GARCÍA. Disimular es mejor.

ISABEL. ¿Sois Manuel de Sosa?

GARCÍA. Sí.

ISABEL. ¡Qué presto le conocí!

¿Dónde está el Gobernador?

GARCÍA. Rondando las portas.

ISABEL. Bien;

lo mismo Acuña me dijo.

Poned en cobro este hijo

de que os doy el parabién;

que es tan parecido á vos

que en él se verá su padre;

riesgo ha corrido su madre,

mas ya está mejor. Adiós. (Cierra y vase.)

## EXCENA IX

GARCÍA.

¿Sueño? ¿Estoy despierto ó loco?

Durmiendo debo de estar;

mas, temor, si esto es soñar,

¿qué puede ser lo que toco?

¿A quimeras me provoco

que desmienten mi sentido,

¿Manuel de Losa hoy venido

y con hijo que nace hoy?

no, cielos, durmiendo estoy.

Pero despierto y dormido

á un tiempo no puede ser...

¡Qué de sospechas colijo!

«Poned en cobro este hijo»;

y hoy venido, ausente ayer  
Donde es forzoso el creer  
excusado es el dudar,  
peligroso el sospechar,  
afrentoso el permitir,  
pusilánime el sufrir  
y cuerdo el averiguar.  
Nueve meses ha que en Dío  
su alcaide nos hospedó;  
¿si la posada pagó  
á mi costa el honor mío?  
Cuanto más de Leonor fio  
menos hay que hacer caudal  
de la que es más principal,  
y más cordura el temer;  
que es el vicio en la mujer  
defecto trascendental.  
Mas no ofendamos su estima  
hasta aquí sólo iniciada;  
en Dío entró acompañada  
de doña Isabel, su prima.  
Menos la bala lastima  
que está del cañón más lejos;  
procuren sanar consejos  
lo que culpas informaron;  
que no en balde se estimaron  
en más los médicos viejos.  
Mas nunca doña Isabel  
me alabó tan officiosa  
y necia á Manuel de Sosa  
como Leonor siempre en él.  
Si noble, sólo Manuel  
con la nobleza se alzó;  
si discreto, él se llevó  
la cátedra de los sabios...  
¿Siempre Manuel en los labios  
y no en el alma? Eso no.  
¿De qué sirve en mi porfía  
hacer discursos á obscuras,  
si todas mis conjeturas  
paran en deshonor mía?  
Mi sangre á Leonor envía,  
mi sangre, que no se infama;  
de mi sangre, Isabel, rama,  
corre también por mi cuenta;  
pues si cualquiera me afrenta,  
¿qué está dudando mi fama?  
¡Oh, quién en tal confusión  
sin riesgo de la prudencia,  
imitara la sentencia  
que hizo sabio á Salomón!  
Supiera en la partición  
del infante pleiteado  
por dos madres, mi cuidado,  
aunque dos partes le hiciera,  
quién era la verdadera  
y quedase yo vengado.  
Pero yo sé que no osara  
dar la sentencia que dió,  
Salomón, si como yo  
su infamia participara.  
Callemos, que si á la cara  
se asoma la enfermedad,  
ella dirá la verdad  
y yo vengaré mi mengua,  
pues la discreción sin lengua  
veneró la antigüedad.



## ESCENA X

Salen MANUEL DE SOSA y CARBALLO.—GARCÍA.

CARBALL. En paje se ha transformado;  
mira, al tiempo que has venido.  
MANUEL. ¡Qué para poco que ha sido  
el mar, pues no la ha anegado!  
En todo soy desdichado.  
CARBALL. Si con dos has de casarte,  
lo mejor será ausentarte.  
GARCÍA. Este es.  
MANUEL. ¡Ay, Leonor hermosa!  
GARCÍA. Capitán Manuel de Sosa:  
una palabra aquí aparte.  
MANUEL. ¿Quién sois?  
GARCÍA. Estarás mejor  
no saberlo.  
MANUEL. ¿Otro cuidado?  
GARCÍA. Ésto para vos me han dado;  
guardaos del Gobernador. (Vase.)

## ESCENA XI

MANUEL DE SOSA y CARBALLO.

MANUEL. ¡Ay, cielos!  
CARBALL. ¿Hirióte?  
MANUEL. ¡Ay, Leonor!  
Hijo es este; ¿hay más azares?  
CARBALL. ¿Qué tienes?  
MANUEL. Nada. ¿Pesares,  
tantos juntos? No me sigas:  
vete.  
CARBALL. Voime.  
MANUEL. No lo digas.  
CARBALL. ¡Mujeres é hijos á pares!

## ACTO SEGUNDO

## ESCENA PRIMERA

Salen DOÑA MARÍA, de hombre, y MANUEL DE SOSA.

MANUEL. Son con tanto fundamento  
tus quejas, doña María;  
tan justo tu sentimiento,  
tan grande la culpa mía,  
tanto mi arrepentimiento,  
que el silencio sólo puede  
responderte, pues en él,  
porque más confuso quede  
de mi descuido cruel,  
la pena el agravio excede.  
¡Seis años de amor perdidos,  
tus méritos ofendidos,  
tus favores mal pagados,  
sin premio tantos cuidados  
y yo con tantos olvidos!  
Si disculpas les buscara,  
mayor mi delito hiciera,  
más tu enojo provocara  
y mayores causas diera

á que el mundo me afrentara.  
¿De qué servirá alegar  
olvidos de tanto amor  
con la ausencia y con el mar,  
si hago mi culpa mayor,  
pudiéndome despertar  
un hijo en cuyo retrato  
contemplando cada rato  
su hermoso original vía?  
¡Ay, cara doña María,  
dame muerte por ingrato!

MARÍA. No digas más, que en quien ama,  
Manuel, disculpa menor  
basta á despertar su llama,  
agravios perdona amor,  
que por eso dios se llama.  
Siendo hombre tú, no me espanto  
que ausente no correspondas  
á tus deudas y á mi llanto.  
Tantos mares cuyas ondas  
sepultaron bajel tanto,  
¿qué mucho que puedan más  
que yo? Disculpado estás,  
que ya de la ley salieras  
de amante ausente si fueras  
más firme que los demás.  
Yo perdono lo pasado  
como enmiendes lo presente.

MANUEL. No hay más amor bien logrado  
que el que en belleza prudente  
hace fácil su cuidado.  
¡Qué discreta es tu hermosura,  
generosa en perdonar  
agravios de mi locura!

MARÍA. No hay ciencia para tornar  
atrás el tiempo, ni hay cura  
que remedie lo pasado  
sino sólo el escarmiento.  
Manuel, ya estás perdonado;  
culpas venideras siento;  
sospechas me dan cuidado.  
Hermosa es doña Leonor,  
su padre Gobernador,  
hombre tú, yo tu mujer;  
la riqueza y el poder  
se oponen contra mi honor.  
En el papel que te escribe  
delitos de amor confiesa,  
y á peligros te apercibe;  
la venganza portuguesa  
no en cera, en diamante vive;  
cosa que no es para escrita  
y que riesgos amenaza,  
mal su opinión acredita,  
si del secreto hace plaza,  
que amor mostrar solicita.  
No es mujer doña Leonor  
que hiciera ofensa á su honor,  
menos que estando segura  
de la fe con que procura  
burlar bellezas amor.  
Si ésta que cumplas espera  
y en ser tu esposa se funda,  
cristiano eres, considera  
lo que será la segunda  
viva la mujer primera;  
que tengo á Dios de mi parte

y un hijo hermoso en que estriba  
mi acción para condenarte;  
que es Diago, cédula viva  
de que no podrás librarte.  
Y si pagando mi amor  
dejas á doña Leonor,  
¿qué remedio han de tener  
deshonras de una mujer,  
iras de un Gobernador?  
MANUEL. No he de negarte verdades  
que entre tantas confusiones  
acusan mis libertades.  
Despeñáronme ocasiones,  
cegaronme mocedades;  
distancias de tu hermosura  
peligros atrapellaron,  
que á plaza sacar procura  
mi suerte; ¿cuándo acertaron  
el amor y la locura?  
En Dio fué huésped mío  
el Gobernador, y en Dio,  
con haber, mi bien, tan poco  
de Dio á Dios, mi amor loco  
al tirano señorío  
de la belleza rendido,  
sin resistencia al valor,  
sin prevención al sentido,  
la conciencia sin temor  
y la memoria en olvido,  
al inviolable respeto  
con que el huésped se asegura,  
me atreví; fié al secreto  
delitos que mi locura  
saca en público. En efeto,  
persuaciones amorosas,  
frecuencias siempre dañosas,  
promesas, seguridades,  
y entre ellas, conformidades  
de estrellas ya rigorosas,  
en dos meses alcanzaron  
conyugales permisiones  
que palabras engañaron,  
que dispusieron traiciones  
y derechos profanaron.  
Partiéronse, y yo ignorante  
llegué ayer, porque hoy castigos  
padezca mi fe inconstante,  
con dos hijos por testigos  
y dos esposas delante.  
Pero, en fin, doña María,  
escoja la suerte mía  
de dos daños el menor,  
viviendo tú, no es Leonor  
mi esposa, ni mi osadía  
es bien que al cielo se atreva.  
Si te das á conocer  
harás en mi muerte prueba  
del rigor de una mujer  
deshonrada con tal nueva.  
Sólo un medio se me ofrece  
con que este daño excusemos:  
si difícil te parece  
muera yo y acabaremos  
la pena que me enloquece.  
MARÍA. Como perderte no sea,  
propón peligros, y vea  
el mundo en mi amor constante

sufrimientos de diamante  
que admire, aunque no los crea.  
MANUEL. Dentro de una hora, don Juan  
se ha de partir á Tanor,  
de una armada capitán,  
cuya amistad y valor  
aliento á mis penas dan.  
De su nobleza fiado,  
haciéndole compañía,  
saliéramos de cuidado;  
pero daré, esposa mía,  
sospechas, de ayer llegado,  
si hoy me ausento y me despido,  
regalado y persuadido  
de don García, que ignora  
agravios de honor, y ahora  
que le asista me ha pedido.  
Doña Leonor, si la dejas,  
contará desesperada  
lo que ha ocultado el consejo  
é impedirá mi jornada  
con mi vida airado el viejo.  
Vete con don Juan, amores,  
sin que descubras quién eres,  
que en pasando estos rigores,  
cuando algún tiempo me esperes  
podrás con gustos mayores  
premios debidos gozar  
de mi amor, y yo mostrar,  
si mudable te ofendí,  
que sé volver sobre mi  
como te supe olvidar.  
MARÍA. ¿Pues qué inconveniente tienes  
que yo me quede contigo?  
MANUEL. Muchos, si á saberse viene  
mi insulto, cuyo castigo  
será mortal; no conviene  
que tú participes de él.  
Don García es riguroso,  
la vejez es siempre cruel,  
si sabe que soy tu esposo  
y á su noble sangre infiel,  
alcanzaráte el rigor  
de su enojo. Al darme el hijo,  
triste fruto de mi amor,  
un hombre oculto me dijo:  
«Guardaos del gobernador».  
Quien me avisa que me guarde  
de él, amores, ya hace alarde  
de que su agravio recela;  
siempre es vieja la cautela  
como el delito cobarde.  
Muera yo si ya está dada  
la sentencia contra mí,  
y no muerte duplicada  
con la tuya: quede en ti  
la imagen bella amparada  
de un hijo en quien resucito;  
luz hermosa que adoramos.  
Mi bien, ¿no será delito  
riguroso, si dejamos  
los dos huérfano á Diaguito?  
Claro está; mejor podré  
ausentarme cuando esté  
libre de ti, del rigor  
que temo. Vete á Tanor,  
que al punto te seguiré.



- MARÍA. ¡Ay, Manuel, que estoy dudosa de que quieres engañarme! En Goa Leonor hermosa; tú mudable y yo ausentarme cuando se llama tu esposa con un hijo? Si el postrero estiman los padres más, de tu olvido sólo espero que ingrato añadir querrás segundo agravio al primero.
- MANUEL. Plegue á Dios, prenda querida, si llorasas ofendida mi lealtad y fe constante que vengativo levante peligros contra mi vida cuanto esta máquina encierra. Si navegase, la guerra del mar llevándome á pique naufragios no notifique inauditos; si en la tierra, entre caribes adustos, abrasados arenales, tigres del monte robustos, rayos de nubes mortales, rigores del cielo justos, todos juntos homicidas, verdugos de mis enojos, en las prendas más queridas ceben su furia á mis ojos, porque me quiten más vidas.
- MARÍA. Basta, mi bien, que me pones pasmo con las maldiciones que trueque en dichas el cielo. Amoroso es mi recelo, grandes tus obligaciones: haz de mí lo que gustares, que amante en todo te sigo; mas consuela mis pesares con permitir que conmigo lleve á Dieguito.
- MANUEL. Que amparez gusto yo en su compañía soledades de mi amor que peligran en la mía si intenta el Gobernador mi muerte. Hermosa María, á don Juan vamos á hablar.
- MARÍA. En fin, ¿me vuelvo á ausentar de tí?
- MANUEL. Seguiréte luego. A despedirme de Diego (1) voy.
- MARÍA. ¡Qué de ello he de llorar!
- MANUEL. ¿Y cuál, sin él y sin ti he de quedar? En los dos toda el alma dividi.
- MARÍA. Bien mio, librete Dios de este peligro.
- MANUEL. ¡Ay de mí! (Vase.)

(1) El original unas veces llama Diago y otras Diego á este personaje.

## ESCENA II

Salen GARCÍA DE SÁ, CARBALLO y dos CRIADOS.

- GARCÍA. Cerrad con llave las puertas de todas aquestas salas.
- CARBALL. ¿Cerrar las puertas? ¡Qué malas nuevas!
- GARCÍA. No dejéis abiertas las ventanas.
- CARBALL. ¿Eso más?
- GARCÍA. A los dos nos dejad solos.
- CARBALL. Mal se ponen estos bolos; Carballo, en peligro estás.
- GARCÍA. En viniendo quien os dije traedle también aquí.
- (Vanse los dos Criados.)

## ESCENA III

GARCÍA y CARBALLO.

- CARBALL. Verdugo será, ¡ay de mí!
- GARCÍA. Sosiégate ¿qué te aflige?
- CARBALL. ¿Yo afligirme? Los culpados se aflijan.
- GARCÍA. Temblando estás.
- CARBALL. Algunos gatos verás que maúllan encerrados. Tengo condición gatuna; abran, porque yo, señor, cerrado soy maullador y alivíame el ver la luna.
- GARCÍA. Sosiégate.
- CARBALL. Ya sosiego.
- GARCÍA. ¿Eres bien nacido?
- CARBALL. Sí; dicen que cuando nació *mama y taita* dije luego, y que á las voces primeras desocupé la posada de una madre agallegada anchísima de caderas.
- GARCÍA. ¿Gallego eres?
- CARBALL. De á caballo; porque un rocin, aunque en pelo, me jubilaba del suelo.
- GARCÍA. ¿Cómo te llamas?
- CARBALL. Carballo, porque no sé en qué fayantas mi madre, ausente el marido, jugando pidió el partido (son las gallegas muy francas). Y un lencero algo molesto que el matrimonio terció perdiendo se levantó y yo me quedé por resto. Volvió el propietario á casa, y como ausente de un año vió que el devantal de paño se ahovaba, dijo: «¿Esto pasa? Mujer, ¿cómo habéis podido, en doce meses de ausencia sufrir tanta corpulencia? —Porque hogaño no ha llovido,

## ESCENA IV

GARCÍA.

- Sentenciad la información, honra, de vuestros agravios; si á hijos matan padres sabios, poneda en ejecución, en grado de apelación. Es superior tribunal la clemencia natural; declarad si la admitis. ¡Ay, honra! ¿que no, decís? pero sois de Portugal. Huésped que el honor profana de quien en su casa vive, que infama á los que recibe sin ley divina ni humana; hija noble que liviana hace su afrenta mortal, ¿no es bien que con muerte igual hallen el castigo en mí? ¿Qué decís, venganza? Si; pero sois de Portugal. ¿Qué proponéis vos, amor, porque lo segundo elija? ¿Que soy padre y que es mi hija única doña Leonor? ¿Que ha de acabarme el dolor de este irreparable mal? ¿Que no hay juez tan pedernal que á sí se mate? Está bien; no me espanto, que también sois amor de Portugal. Diga la prudencia ahora. Si doy muerte á quien me infama, ¿no queda viva la fama de afrentas publicadora? Si se casan, ¿no mejora mi discurso de consejo? Si está manchado el espejo, ¿no es más cordura limpiarle que perderle por quebrarle? Si á mi nieto infame dejo, ¿á mí mismo no me infamo? ¿Así no le legítimo? Triste en él, ¿no me lastimo si bastardo vil le llamo? Dudoso aborrezco y amo; perdono á un tiempo y castigo; soy padre y soy enemigo; soy el juez y soy el reo; rehuso lo que deseo y huyo lo mismo que sigo. Venganza: sólo sois vos ley del mundo sin prudencia; ley de Dios sois vos, clemencia, y yo el juez entre las dos. Seguir al mundo y no á Dios es necia temeridad; rigor, filos embotad y adquirid con mi mudanza, no la honra en la venganza, sino la honra en la piedad.
- (respondió); y según lo prueba, el pronóstico del Cura, no ha de parirse criatura hogaño mientras no llueva.» El, viendo que averiguallo era ofender á su honor, dijo, «Escarballo es peor»: por eso el hijo es Carballo.
- GARCÍA. Si sois gallego no dudo publicuéis cualquier secreto en viéndoos en aprieto.
- CARBALL. Ninguno allá nace mudo.
- GARCÍA. Pues escuchad advertido aquellos golpes que dan allí fuera.
- CARBALL. Oigo que están desahuciándome el oído. Sudando estoy por mil cabos; ¿majan granzas ganapanes? ¿por dicha en casa hay batanes? ¿muelen maíz? ¿plantan nabos?
- GARCÍA. Más riguroso es su oficio; allí os tienen de enterrar, si rehusáis el confesar, hasta el día del juicio.
- CARBALL. No le ha de haber para mí. Pues diga ¿qué me faltara si yo juicio esperara? Moriré como nací; porque en lo que toca al seso tengo el cerebro algo angosto. ¿Confesar? Sí; por Agosto y cuaresma me confieso, que son cristianos respetos; y cuando no lo mandara la Iglesia, me confesara sólo por decir secretos. Mas yo ¿por qué he de pagar, pecador de mí, señor, si mi sa doña Leonor tan bien supo aprovechar cosechas de su hermosura, que lo que en Dio tomó con renta en Goa pagó colmado en una criatura? Si yo no fui la comadre, si yo no hice el cohombro, ¿es bien que me le eche al hombro? ¿que muera yo sin ser padre? ¿que me azadonen en vida? ¿que me maten sin testar? ¿y que haya yo de pasar dolores de la parida?
- GARCÍA. No digas más; basta, sobra; éntrate, villano, allí.
- CARBALL. ¡Plegue á Dios si te ofendí por palabra, ni por obra!...
- GARCÍA. Éntre, infame,
- CARBALL. Aunque me entierren, los santos están mirando mi testamento. «Item mando que en Cacabelos me entierren, y no como á los caballos, sin clérigos y en corral, al cuero colateral, entierro de los Carballos.» (Vase.)